

LA CORRESPONDENCIA MÉDICA.

Actos oficiales.
Artículos científicos
y noticias.

SANIDAD CIVIL,
FUERZA DE UN PENSAMIENTO.

Se regala á los suscritores
una Biblioteca selecta para
los profesores de partido.

PERIODICO

DEDICADO Á LAS CLASES MÉDICAS DE ESPAÑA.

Se suscribe por carta directa al Administrador del periódico, calle de ISABEL LA CATÓLICA, número 21, cuarto bajo.
La suscripción cuesta 15 reales por trimestre, 30 semestre y 60 por un año.—Fuera de la Península doble cantidad.—Se publica cuatro veces al mes, los días 8, 16, 24 y 30.

ADVERTENCIA.

Con este número repartimos las entregas 44 y 45 del AMIGO DEL MÉDICO, para la *Biblioteca de los Profesores de Partido*.

SECCION PROFESIONAL.

Con motivo de la conducta seguida por el juez de primera instancia de Ciudad-Rodrigo con nuestro compañero D. Gerónimo Pesquero, de que dimos cuenta en nuestro número del día 16 del corriente, aconsejando al citado profesor que formulase una querrela ante la Audiencia contra el mencionado juez por abuso de autoridad; nuestro ilustrado colega *El Siglo Médico*, copia íntegro nuestro suelto, y de acuerdo con nuestro consejo, dice: que si es necesario, se abra una suscripción entre la clase toda para los gastos que pueda ocasionar el proceso, y que de una vez para siempre se ventile esta cuestión ante los tribunales de justicia.

Ciertamente que en pocas cosas se podría gastar mejor el dinero con más oportunidad, gloria y provecho que en ir descifrando geroglíficos como el que motiva nuestro artículo, y por nuestra parte estamos dispuestos á seguir el dictámen de nuestro ilustrado colega. Ábrase la suscripción, nómbrese un depositario, ó deposítase el producto en el Banco, á medida que se vaya recibiendo, y empiece la batalla que ha de llevarnos á la posesion de nuestros derechos. Desde luego auguramos el mejor éxito contando como creemos contar con que la prensa toda ha de asociarse á este pensamiento. Por pequeño que sea el sacrificio que cada uno se imponga ha de sobrar para lo que se necesita, siendo además de justicia que paguemos entre todos lo que á todos interesa por igual.

Y ya que de tribunales nos ocupamos, bueno será recordar que por Decreto del Ministerio de Gracia y Justicia, se mandó en Agosto del año pasado, que los recaudadores de las Audiencias rindiesen todos los trimestres cuentas de lo recaudado por costas de las cau-

sas fenecidas hasta el día y de las que en lo sucesivo fuesen terminándose, para que los interesados se presentaran á cobrar sus derechos. Se mandó que cada tres meses se publicara en la *Gaceta* la mencionada cuenta bajo la responsabilidad correspondiente, etc., etc. Hasta ahora, no ha llegado á nuestra noticia que el tal decreto se haya cumplido, y eso que buscamos todos los días en la *Gaceta* la ansiada cuenta. Van pasa los ya dos trimestres, y era tiempo de que se empezase á satisfacer tan justísima deuda.

No seamos más tiempo desidiosos y hasta tontos, porque no merecemos otro nombre si así nos dejamos defraudar y atropellar, en lo que no consentiría el más ignorante y abyecto de los españoles. De cualquier modo que sea, ya unidos, ya cada uno, según le convenga, es preciso sacudir un yugo que se hace tanto más insoponible, cuanto que es ya la nuestra la única clase que lo soporta.

Y á nuestro ilustrado colega *El Siglo Médico*, no solo le damos gracias por el asentimiento prestado á nuestro dictámen en el caso concreto, origen de este artículo, sino que le suplicamos que abra desde luego la suscripción indicada, ó invite á una reunion para acordar el mejor medio de llevarla á cabo pronta y eficazmente, en la seguridad de que seremos los primeros en todo cuanto tienda á tan levantado propósito.

CUANDO DIOS QUIERE...

Nunca hemos prestado nuestra aquiescencia ó asentimiento á la idea, por algunos sostenida y abrigada, de la existencia del hado ó la casualidad. No somos fatalistas, ni creemos en la «predestinación;» porque además de enseñarnos la experiencia y la especulativa que existe un principio inconexo, indubitable, el principio racional de *casualidad*, que admitimos en sana lógica; el creer en la fatalidad ó la predestinación, sería destruir la personalidad humana, constituyendo al hombre en una automática máquina desde que se le privase del libre albedrío y se le emancipase de la responsabilidad que su libertad individual le impone, como una necesidad y lógica secuela de su libre albedrío. Un niño, un viejo, uno que sueña, podemos decir con Jouffroy, que no son «personas,» sino imperfectas ó á medias; pues

que disfrutando solamente de la «expontaneidad ó ipseismo.» es decir, de una actividad voluntaria muy limitada ó debilitada, no son tan «personas» como las que gozan de la «expontaneidad volitiva» ó «actividad volenta» de la verdadera voluntad que es lo que da la «personalidad» ó convierte al hombre en «persona,» en la psicológica acepción de esta frase.

Pero si no comprendemos el hado y la casualidad, sino como ignorancia de las causas que producen los hechos: si no admitimos el fatalismo y la predestinación, el indiferentismo é inmovilismo, sino á título de utopias y absurdas concepciones de la fantasía y desvarios de los filósofos, no podemos menos de acoger la existencia de una causa primera y única que preside á estos fenómenos ignotos, una Providencia, una «presciencia» soberana y extraordinaria, que no constituye, por más que otra cosa digan, y en ella se apoyen algunos filósofos para combatir la libertad humana, que no constituye, decimos, una antinomia, una oposicion real y verdadera que invalide y se ponga frente al libre albedrío ó libertad psicológica. El fatalismo, pues, es una farsa, una ofensa al buen sentido, que la psicología y la lógica rechazan de consuno. Luego el libre albedrío es una verdad irrefutable y los actos humanos no son necesarios sino contingentes é hijos de la libertad individual, ni se ejecutan porque Dios los prevee y sabe *á priori*, ó sea por la «presciencia,» sino que Dios los prevee, porque sabe que se ejecutarán. En una palabra, no somos ateos, teóricos ni prácticos, porque reconocemos y confesamos su prevision ó «presciencia,» pero sin subordinar de un modo ciego y automático á ella el libre albedrío, la libertad humana, la volición del «yo,» la personalidad humana; pero admitimos que Dios es omnipotente, y que cuando Él quiere que una cosa sea, será; porque para sus omnímodas facultades no hay imposibles ni vallas, porque el que con su sola voluntad sacó de la nada el Universo, con sola una frase: *fiat lux, et facta est lux*, no puede tener diques á sus voliciones, como el hombre en quien están limitadas hasta cierto punto por el «poder,» y por eso se dice: *nom possumus omnia omnes*. De otro modo: Dios puede cuanto quiere; el hombre no tiene límites en su voluntad; para él su potencia ó poder es harto limitado. Por eso decimos también, y aquí está fundado este adagio, «que el hombre propone, pero Dios dispone:» es decir, que el hombre puede querer cuanto le plazca, pero «no puede alcanzar» allí hasta donde llegan sus voliciones; necesitando los esfuerzos, auxilios, poder y facultades delegadas por el omnipotente Hacedor. Cuando Este quiere transmitir al hombre su poder, en el hombre entonces omnipotente, se refleja la omnipotencia del grande Autor del Universo.

Hé aquí la razón de que hayamos dado comienzo á este artículo poniéndole por epígrafe: «Cuando Dios quiere...» que sirviéndonos de fundamento á este artículo, veremos de justificar y desarrollar lo mejor que nos sea dado.

Háenos sugerido las precedentes reflexiones el curso, sensible en cierto modo para nosotros, que el pensamiento de nuestro querido Director y amigo Sr. Cuesta y Ckerner, de hermanar á todos los profesores viene siguiendo, así como la extraña actitud que respecto al mismo han tomado, no solo los comprofesores ajenos al periodismo médico, sino algunos cofrades en la prensa facultativa. En efecto, todos nuestros compañeros saben, que cansado nuestro venerable, amigo y honrado comprofesor Sr. Cuesta de esperar y reclamar en vano de los gobiernos no protección, sino justicia y respeto á los derechos é intereses de la comunidad médica, ha concluido por desencantarse en fuerza de decepciones, convencido al fin de que fuera de nuestra actividad, nuestro

porvenir se ofrece aciago y la ruina de las clases médicas es inevitable. Penetrado de esta verdad, concibió hace seis ú ocho meses, el salvador pensamiento de ocurrir á nuestra reorganizacion y futuro bienestar, cobijándonos al calor de nuestro propio poder, reuniéndonos á la sombra protectora del paladion de la *Aurifodina*, benéfica asociacion mútua, para cuyo ingreso en ella solo se exigia virtud, conviccion, moral médica, laboriosidad y espíritu de fraternidad y compañerismo.

Desarrollado su plan en una série de cartas tan sencillas como elocuentes y luminosas, hizo en ellas un desinteresado llamamiento al buen criterio y probidad de todos sus compañeros. ¿Qué ha sucedido? Que á tan salvador proyecto se ha contestado por la mayor parte con un inexplicable mutismo é indiferencia; habiendo sido necesarios una série de artículos de nuestro noble amigo, y algunos del que tiene el honor de dirigirseos en este, para arrancar de su punible quietismo á unos 250, siendo la clase de 25 000 ó más profesores; y esto, despues de evidenciar el Sr. Cuesta y vuestro servidór, los beneficios que tal institucion habia de proporcionarnos. Pero no es esto lo peor. Lo más sensible ha sido, que debiendo haber secundado y recomendado la prensa esta idea, persuadida como debiera estar de su bondad, no solo ha permanecido inactiva y en silencio, sino que algun periódico médico ha destinado su seccion de gaceta ó crónicas, para consagrar á tal pensamiento algun suelto, cuyas líneas, lejos de llevar el estímulo á los ánimos indecisos y suspicaces, ha contribuido á entibiar el entusiasmo é inspirar la desconfianza.

A qué criterio obedecia el autor de esos sueltos, qué propósito moviera su pluma, no es fácil que nosotros lo digamos; porque aunque penetráramos sus intenciones, nos impondríamos el sacrificio del silencio para no dar armas á nuestros enemigos y detractores, evitándoles la ocasion de repetir llenos de satánica fruicion, que sigue siendo una verdad en la comunidad médica aquello de: *fratrum id est medicorum, rara est concordia*. ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. Denunciando para mengua y desdoro nuestro, que son hondas las excisiones y mezuquinas las diferencias que aquejan al cuerpo médico.

Que esta actitud poco justa y fraternal se ha adoptado por algun colega de la prensa médica, lo confirma de un modo concluyente el suelto titulado: *La Aurifodina*, inserto en la seccion de «crónicas» de *El Génio Médico Quirúrgico* del 15 de Enero del año que cursa. Somos amigos de su Director Sr. Tejada y España, escribimos con el caracter de redactores en su *Semanario*; pero antes que la amistad es para nosotros la verdad, conocida como es ya de nuestros lectores la inquebrantable, severa é inflexible de nuestro carácter.

Por eso no podemos resistir al cumplimiento de un deber que nuestro génio imparcial nos impone; declarando que nos extraña que el Sr. Tejada, reconociendo la bondad del proyecto y lo atinado de sus bases, diga que es utópico; añadiendo, que hoy por hoy, lo que menos importa es la reunion de la «Asamblea médico-farmacéutica,» fracasada ó aplazada al menos; no sabemos si para las calendas grecas. Conocidas son nuestras opiniones respecto á la «Asamblea,» consignadas en las columnas de *El Génio* del año finado próximo.

Los que nos han leído, los que se han parado en nuestros artículos consagrados a este asunto, habrán podido observar, que si disentíamos del autor, nuestro carísimo amigo el doctor Cambas, y los que constituyen la junta organizadora; si nos separaban leves diferencias accidentales, de detalle, de forma con ellos, estamos del todo conformes relativamente al principio y

fondo del asunto, reconociendo la necesidad de la constitucion de la citada «Asamblea.»

Tambien habrán podido notar, que si hemos trabajado mucho para propagar y recomendar la celebracion de esa verdadera fiesta profesional, que seria un notable acontecimiento y glorioso período histórico, una honrosa época en la vida de nuestra clase, no hemos sido los últimos á deplorar amargamente su fracaso, ó aplazamiento indefinido; por lo que no debe ser sospechoso á nadie nuestro lenguaje de hoy. Pero si convenimos con nuestro amigo el doctor Tejada, en la necesidad de la celebracion de la «Asamblea,» no creemos que ella sola pueda ser la tabla de Ulises, que salve á la clase del naufragio inminente, quizá inevitable, que la amenaza. Aunque así fuese, creemos un deber hacer resaltar el contraste que la prensa médica, singularmente *El Génio*, forma con la noble y delicada conducta en este asunto observada, por nuestro dignísimo y muy querido amigo Sr. Cuesta, quien habiendo concebido el proyecto de su *Aurifodina*, precisamente al tiempo mismo que se iniciaban los primeros trabajos de la «Asamblea,» tuvo la abnegacion y generoso patriotismo de retirar su proyecto, cuando estaba en su derecho de propagarla y ofrecer esta nueva y segura áncora de salvacion á su clase, para que no se dijese de él jamás que habia tratado de crear conflictos y oponer dificultades al planteamiento del Congreso médico; proponiéndose exponer su pensamiento al criterio, deliberacion, examen y discusion de la «Asamblea,» seguro de que hubiera sido bien acogido, contando con su ilustracion, imparcialidad y fraternal compañerismo. Terminaremos este incidente y digresion, manifestando que no pensamos como el Sr. Tejada, que estos proyectos no puedan llevarse á cabo en España si se acogen como es debido, y no se les hace una apasionada y sistemática oposicion que enfrie el fuego del compañerismo profesional.

Lo que venimos diciendo, vemos que nos conduce como por la mano, á la comprobacion y justificacion del epigrafe que hemos asignado á este artículo. Hemos dicho, «que el hombre propone y Dios dispone;» y que «cuando Dios quiere con todos aires llueve»

En efecto: á pesar de la indiferencia con que, en general, ha sido recibido el pensamiento del Sr. Cuesta; sin embargo de la guerra encubierta y mal disimulada con que se ha acogido por la prensa, ó parte de ella, es lo cierto que, cuando se creia iba á fracasar, nos encontramos con que un hombre, agobiado de decepciones y padecimientos físicos y morales, así como de ingratiudes, como nuestro caballeroso y querido amigo señor Cuesta, rico de fé y perseverancia, convencido de la bondad de una idea salvadora, y cediendo á las sujesiones entusiastas de nuestros artículos en LA CORRESPONDENCIA MÉDICA, publicados para fortalecer su ánimo decaido y levantar su casi postrado ya entusiasmo, acaba de dar un victorioso y solemne «mentís» á los que han osado calificar de utópico ó absurdo su pensamiento. Respondiendo á un artículo nuestro, titulado *La ingratitud*, inserto primero en LA CORRESPONDENCIA MÉDICA y transcrito luego por *El Génio Médico quirúrgico*, nuestro distinguido amigo Cuesta, inserta otro cuyo epigrafe es *Aurifodina Médica española*, en LA CORRESPONDENCIA MÉDICA, núm. 2, correspondiente al 16 de Enero del año que nos rige. Movidó por las excitaciones del nuestro citado, para que no encerrándose en el retraimiento é inaccion no se malogre su idea bienhechora, confiesa que ni le falta la fé en ella, ni se encuentra solo en su empresa (en efecto: entre otros, nos tiene y tendrá siempre á su lado á nosotros cuando se trate de salvar la clase), si bien deplora amargamente la lentitud en las adhesiones y el poco entusiasmo con que su

idea ha sido acogida y secundada por la prensa de un lado y de otro, por los que más interés debieran tener en que fuese la *Aurifodina* una verdad práctica lo antes posible; es decir, por los médicos de los pequeños partidos rurales, los titulares. Tiene razon que le sobra nuestro amigo. Si persuadidos nuestros hermanos de los pueblos de que no deben esperar proteccion del gobierno, ni de los médicos oficiales, ni de la prensa, ni de la «aristocracia médica,» se convenciesen de que todo lo deben fiar á una «federacion de la democracia médica, ó profesores rurales, otra seria su conducta en esta ocasion.

Lleno de fé nuestro querido amigo en la *Aurifodina*; convencido de que su realizacion será pronta y de lo benéfico de sus resultados para la clase; pero notando, no solo la indiferencia en adherirse de muchos, sino la inconcebible actitud de la prensa médica, y penetrado sobre todo de la insuficiencia de LA CORRESPONDENCIA MÉDICA, como medio de propaganda, no menos que de la imperiosa necesidad de hacer llegar á noticia de todos los profesores su salvador pensamiento, propone á este objeto, y al de allegar recursos con que subvenir al planteamiento de la *Aurifodina*, la redaccion y circulacion de un folleto lacónico que contenga el pensamiento desarrollado y los estatutos que han de servir de norma para la formacion de los reglamentos organizadores de la *Aurifodina*. Bien se echa de ver la nobleza de sentimientos y generoso corazon del Sr. Cuesta, cuando deplora el no poder sufragar el gasto de este folleto de su cuenta y fondos, por las razones que en su artículo expone y que debieran hacer salir el carmin de la vergüenza á nuestros semblantes.

Pero si el estado poco lisonjero del peculio y fondos del Sr. Cuesta no le permite este sacrificio, es altamente envaneecedor y loable el arranque de generoso desprendimiento del mismo, al consagrar en aras de su pensamiento, en beneficio de sus hermanos, el fruto de sus vigilias intelectuales, el patrimonio, ó mejor, los réditos del rico capital de su esclarecido talento, desheredando á su familia, para beneficiar á sus compañeros, de un precioso capital, cual es su *Historia de la Revolucion de Setiembre*, que nuestros lectores no dudamos se apresurarán á adquirir. No necesitando comentarios tan noble proceder, dejamos de elogiar á quien no necesita de elogios, y porque además de ser enemigos nosotros de recibirlos, tanto ó más que de prodigarlos, parecieran apasionados en nosotros que somos cordiales amigos del Sr. Cuesta.

No necesita ciertamente de nuestra recomendacion una obra que, cual la anunciada por el Sr. Cuesta, viene á llenar un vacío inmenso respondiendo á un sentimiento de patriotismo. No habrá un español amante de su patria que no tenga fijos sus ojos en el porvenir que á la misma le esté deparado. Así que un cuadro fiel é imparcial de los sucesos acaecidos puede servir de histórica leccion para lo que en el porvenir podamos leer respecto á nuestra desdichada nacion, y hé aquí el gran cuadro que no dudamos habrá sabido delinear nuestro amigo con su inspirada pluma y proverbial imparcialidad y severo criterio. Por esto su obra tiene que ser tan interesante y necesaria á los médicos como á todos los amantes de la buena literatura. Pero si esto no bastase, el noble objeto á que la dedica, cual es á facilitar recursos con que realizar el bello ideal de todo profesor honrado y amante de su arte, la *Aurifodina* seria sobrada razon para que todos nos apresurásemos á obtener tan rica adquisicion. Así pues, compañeros, nuestra clase está en vuestras manos. Vosotros vais á dar el decreto de su muerte ó su resurreccion. ¿Quereis asistir á sus funera-

les ó devolverla á la vida? Vuestra ulterior conducta será para nosotros la más elocuente respuesta.

NICOLÁS MIRANDA.

Arellano, Enero 26 de 1870.

ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

El domingo 23 del corriente se verificó la inauguración de sus sesiones en el año de 1870, presidiendo el acto D. Nicolás María Rivero, ministro de la Gobernación. El alcalde popular, Sr. Galdo, también ocupó un puesto al lado de la presidencia, con lo que la Academia recibe la autorización de dos entidades tan importantes como el Municipio y el Gobierno. Nosotros, ajenos á las cuestiones que se han tratado en la prensa sobre el significado de esta Academia y su continuación con el nuevo orden de cosas, exponemos lo que hemos visto, sin comentarios de ninguna especie y sin otra idea que dar cuenta á nuestros lectores de todo lo que se relaciona con las profesiones médico-farmacéuticas.

El secretario perpétuo D. Matías Nieto y Serrano, escritor distinguido y profundo pensador, dió cuenta en un notable discurso, por el que le felicitamos, del estado y de los trabajos desempeñados por la Corporación en el año 1869, y D. Victoriano Usera leyó el discurso de reglamento que versa sobre *la influencia de la educación física, moral ó intelectual en la salud del cuerpo y del espíritu*.

D. Sandalio Pereda, excelente catedrático de Historia natural en el Instituto de San Isidro, leyó el informe sobre la biografía y crítica bibliográfica del médico insigne D. Andrés Piquer, en el que se proponía el premio al autor de la única Memoria presentada, premio concedido por la Academia y ofrecido por el Sr. D. Andrés del Busto. Abierto el pliego correspondiente por el Sr. Rivero, resultó ser el autor, si mal no recordamos, el presidente del Instituto médico valenciano, cuyo nombre sabrán oportunamente nuestros lectores. Dos viudas de médicos fueron socorridas por una fundación del señor D. Pedro María Rubio, fundación digna de ser imitada.

El Sr. Rivero, despues de declarar á nombre del Regente del Reino inauguradas las sesiones de la Academia, pronunció un discurso, que para darle á conocer sin amenguar su importancia y trascendencia y sus notables conceptos, quisiéramos trasladarle íntegro, porque cuanto digamos nosotros, humildes periodistas, no podrá dar una idea tan clara como necesitan los profesores desheredados de todas las épocas. El Sr. Rivero, al ver la juventud que llenaba el sitio de los convidados acudir presurosa á empaparse de los progresos de la ciencia que realizaban sus maestros los señores académicos, se entusiasmó de tal manera, que recordó un episodio de sus primeros pasos en la ciencia, cuando solo contaba con diez y ocho años, y su corazón latía al compás de las impresiones recibidas en el estudio de las ciencias médicas. La gran figura de la Revolución estudiaba en

Sevilla cuando el cólera-morbo desolaba el barrio de Triana, cuando se cortó el gran puente que comunica con la capital de Andalucía, y los coléricos quedaron entregados á sus propios recursos; los médicos del barrio fallecen luchando contra el azote, los médicos de la ciudad no se prestaban al auxilio viendo una muerte segura, las autoridades no encontraban secundadores, y el barrio de Triana se iba á convertir en un campo de cadáveres; pero Rivero, que ya poseía sin duda el don de la palabra; Rivero, que estudiaba medicina; Rivero, que habia saturado su alma de humanitarismo, que comprendía que allí donde el egoísmo de la propia conservación dominaba, se produciría la más espantosa de las hecatombes, se sube en una mesa, habla á los auxiliadores, muestra el campo de batalla, muestra el poder del enemigo, muestra á la vez los deberes de humanidad, y logra que almas generosas, haciendo abstracción de su cuerpo, atraviesen el puente, se establezca un buen auxilio, y en catorce dias se domina la epidemia.

Á esos sentimientos generosos, á esas impresiones de las ciencias médicas, confiesa Rivero que debe todos sus triunfos y cuantos puestos ha ocupado y ocupa, y esas ideas recomienda el *Alma* de la política reinante, y esas ideas no son otras que las que forman la base del humanitarismo que venimos predicando en nuestro periódico. En suma, el Sr. Rivero, que ocupa el ministerio de la Gobernación, antes que político ha sido médico, y su política dice que tiene más valor por los estudios de las ciencias médicas que forman la base de su excelente criterio. Nosotros felicitamos al médico ministro, y desde la oscuridad de nuestra redacción pedimos al Sr. Rivero que se ocupe de mejorar la suerte de los profesores de la ciencia de curar, que cumpliendo con sus sagrados deberes, mueren con el desconsuelo de no haber gozado de sus derechos, cual si fueran desheredados á perpetuidad.

MAS SOBRE EL CÓLERA-MORBO.

De nuevo han vuelto á ocuparse en estos últimos dias los periódicos médicos de la tan debatida naturaleza y cualidades comunicativas del cólera-morbo, lanzando al campo de las teorías nuevas, y cada vez más peregrinas hipótesis sobre la causa productora de esta temible enfermedad, como si no fuera ya bastante crecido el catálogo de las que han salido á luz en estos últimos años.

El poquísimo fruto, ya que no perjuicio, que se ha obtenido de las pasadas y ya olvidadas hipótesis, no nos permite gastar más tiempo en examinar y analizar todos los delirios á que quieran entregarse los que á toda costa parece que buscan un medio de llamar sobre sí la atención general. Queremos mejor en esta cuestión trabajos prácticos, fórmulas concretas de tratamiento y menos filosofía.

En último resultado, lo que interesa á la humanidad y á la ciencia es saber curar la enfermedad, y si es posible evitarla. Una experiencia y una observación detenida y desapasionada, puede llegar á este resultado sin

necesidad de averiguar la índole y naturaleza íntima del padecimiento. Bueno sería averiguar esto último; pero antes que esto se logre, nuestro principal interés debe cifrarse en descubrir el remedio eficaz, ó por lo menos en establecer el método curativo más acertado, elevándonos, si es posible, á los medios profilácticos más seguros.

En este punto, afortunadamente, no estamos tan mal como á primera vista parece. La ciencia ha dicho ya mucho por la autorizada boca de la experiencia y de la observacion juiciosa. Si no ha pronunciado acaso su última palabra, quizá es que no la quieren oír los que prefieren el triunfo de sus teorías al de la verdad, que se obstinan en oscurecer y negar á todo trance.

Que cuando el llamado cólera-morbo se desarrolla ó invade un territorio, nacion ó continente, lo hace á la manera que las epidemias y los contagios, es innegable. Luego esta enfermedad tiene condiciones análogas á las de una y otra naturaleza.

Que las precauciones cuarentenarias han sido millares de veces seguidas de excelente éxito, librándose de la enfermedad los pueblos que han podido guardarlas con toda la escrupulosidad necesaria, es tambien un hecho fuera de toda duda; y por lo tanto, los casos en que estas medidas han sido ineficaces, dan lugar á creer, aunque no haya podido averiguarse, que las precauciones pudieron ser burladas, ya intencional, ya casualmente, lo cual es muy posible dado el interés del comercio por una parte y la escasez de medios esquisitos de vigilancia por otra.

Prescindiendo, pues, de esta cuestion, que en manera alguna queremos provocar ahora, y concretándonos al modo de acometer de la enfermedad, y sobre todo al tratamiento que debe seguirse, la medicina ha llegado á cuanto se la puede pedir, dado que ignora la naturaleza íntima del padecimiento, y puede hoy formular proposiciones que acaso no puede sentar respecto de otras dolencias mejor conocidas y no menos temibles por sus efectos.

De nuestra experiencia propia, en cinco epidemias en que hemos practicado, y de las observaciones más juiciosas que hemos leído de otros prácticos, resulta que el cólera-morbo, *rarisima vez* (puede decirse que nunca) invade repentinamente. Los casos de esta especie que se nos refieren han sido mal recogidos, podemos asegurarlo. Un exámen cuidadoso deja descubrir fácilmente, que estos enfermos llevaban ya, por lo menos, un día ó dos de desarreglo en sus funciones digestivas, casi siempre consistente en deposiciones de vientre más frecuentes que de ordinario.

De nuestra propia experiencia y de las observaciones imparciales de los prácticos que nos han merecido más concepto de verdad, resulta igualmente que en este primer periodo de la enfermedad, la curacion es facilísima, pues basta para conseguirla el guardar cama, observar dieta rigurosa, tomar algunas bebidas teiformes para provocar la traspiracion, y cuando más asociar á estas bebidas algunas gotas de láudano líquido.

La diarrea y los dolores de vientre si los hay, des-

aparecen fácilmente á beneficio de una traspiracion algo abundante y sostenida, y á los tres ó cuatro dias el enfermo se encuentra otra vez en el pleno goce de su salud primitiva.

De la misma observacion y experiencia propia y agena, resulta que solo cuando este primer estado se abandona, ó se desprecia, ó se emplean para combatirlo remedios violentos ó irracionales, es cuando el mal sigue su curso y hace luego esas repentinas explosiones llamadas ataques fulminantes, ó siguen gradualmente hasta un término que comprometen gravemente la vida. Aquí es cuando la ciencia carece muchas veces de recursos bastante poderosos para contener el mal; pero no es esto culpa de ella ni de nuestra ignorancia, sino de que hemos dejado al mal tomar proporciones inaccesibles á los remedios. ¿Culparemos á la ciencia que no pueda dominar un incendio y volver á su integridad los objetos, si recurrimos á ella cuando aquellos han sido ya devorados por las llamas? No; la ciencia, ni ahora, ni nunca, podrá alcanzar á tanto, es inútil pedirlo ni esperararlo de ella.

Para que sus recursos puedan obtener algun resultado, es preciso que haya todavía en los enfermos la energía vital necesaria, para rehacerse con su auxilio contra el agente morbosos que la ataca en sus centros principales. Es preciso que el desconcierto fisiológico ó patológico, si se quiere mejor, no haya sido tan grande que ya no alcance el *unus consensus*, á regularizar sus saludables esfuerzos contra aquella especie de intoxicacion general, que hiela las fuentes del calórico, que detiene el círculo de la sangre, que apaga los latidos del corazon y que hace perecer al enfermo entre las angustias de una aparente asfixia.

Si á este extremo se aguarda para apelar á la ciencia, ni esta, ni ninguna dolencia puede dominarse; no hay, pues, que culparla en este caso más que en cualquiera otro. Al contrario, si no queremos cerrar obstinadamente los ojos á la evidencia, la medicina ha dicho y hecho, respecto del cólera-morbo, cuanto se puede desear para desvanecer por completo el terror que su nombre inspira. Ha indicado con toda la seguridad apetecible los medios de precaver y la oportunidad de curar el mal, así como los remedios que al efecto deben emplearse. Ha hecho más todavía, que es ofrecer seguridades que no se le han pedido ni ha dado para ninguna otra enfermedad, pudiendo hoy sentar proposiciones casi absolutas como haremos ver en otro artículo.

J. C.

(Se concluirá.)

SECCION CIENTÍFICA.

ENFERMEDAD ESCROFULOSA.

III.

SINONIMIA.

(Continuacion.)

Las inflamaciones de la boca, de la cara y del cuello, las erupciones costrosas del cuero cabelludo, producen

el mismo efecto sobre los ganglios cervicales; esto es lo que se observa en los niños raquíticos ó escrofulosos, que tienen casi siempre los dientes cariados y la boca en un estado permanente de irritación.

La inflamación de las membranas serosas no tiene la misma influencia sobre los ganglios linfáticos. Vemos todos los días enfermos morir de pleuresía ó de peritonitis crónica, sin que se encuentre en ellos infartos ganglionares; y si algunas veces se encuentran, es que al mismo tiempo existía una flegmasia de los bronquios ó de la mucosa intestinal. ¿Entonces no probaría esto que la absorción se haría en las membranas serosas, más bien por las venas que por los vasos linfáticos?

La inflamación de los vasos y de los ganglios linfáticos, llega á ser más intensa cuando es causada por líquidos muy acres, y susceptibles de recorrer con rapidez el sistema absorbente, tales como el virus vacuno, la sanies de los cadáveres, etc.

Después de esta ligera reseña del sistema linfático, de sus funciones y de sus lesiones, debiera quizá haber dicho algunas palabras de los tejidos blancos, que pueden al mismo tiempo ser el asiento de la subinflamación escrofulosa; pero como estos tejidos están con mucha abundancia repartidos en la economía, lo poco que dijese no podría menos de conducirme muy lejos; así es que me abstengo de hablar de ellos.

Teoría y naturaleza de las escrófulas.

No se conoce enfermedad que haya sido objeto de más teorías y haya dado nacimiento á más hipótesis, que la enfermedad escrofulosa; sin embargo, á pesar de los trabajos de los antiguos y los modernos sobre esta afección, quizá también á causa de su número, su historia está llena de confusión.

Hasta el siglo XVII, se entendía solamente por escrófulas ó humores fríos, los infartos de los ganglios linfáticos del cuello; pero cuando fué descubierto el sistema linfático, se empezó á ver que los infartos de estos ganglios coincidían con frecuencia con otros infartos en el interior; se pensó que efectos múltiples podían muy bien ser debidos á la misma causa, es decir, á una alteración de los humores de la linfa, y se designó el principio de esta alteración bajo el nombre de vicio ó virus escrofuloso.

Aunque la enfermedad escrofulosa haya, pues, servido de tema á divagaciones las más erróneas con respecto á su naturaleza, todo escritor práctico que quiera hoy á su vez hablar de esta afección, está aún obligado á investigar cómo nace, y por consecuencia, inventar una teoría propia; sin lo que le sería imposible establecer su tratamiento sobre bases sólidas, objeto final de toda monografía.

Hace más de treinta años la medicina se ha elevado casi al nivel de las ciencias exactas, y hoy es fácil establecer la verdadera naturaleza de la enfermedad escrofulosa. Sin embargo, antes de exponer nuestras propias ideas, creemos deber decir algunas palabras de las teorías antiguas, y aún de las que ciertos modernos parecen haber inventado.

Hipócrates atribuía las escrófulas á una pituita espesa, superabundante, que invadía las glándulas y producía su tumefacción. Galeno profesaba casi la misma creencia que el padre de la medicina: según él, las escrófulas resultaban de una materia pituitosa, fría y viscosa, que se depositaba en las glándulas, ó representaba una especie de *carne seca* imposible de disolver. Se ve que Galeno confundía los infartos glandulosos con las enfermedades escirrosas, que son algunas veces su consecuencia. Celso, en fin, miraba la enfermedad es-

crofulosa como el resultado de una concreción sanguínea y purulenta en las glándulas.

Estas son las ideas de Hipócrates, de Galeno y de Celso, que han servido de tema á las numerosas hipótesis sucesivamente inventadas sobre las escrófulas, hasta que se descubrió el sistema linfático. Pasaremos en silencio las teorías de un gran número de escritores que se han limitado á copiar, modificando un poco las suposiciones de los tres grandes hombres de que acabamos de hablar; pero nos es imposible dejar de decir algunas palabras de algunos autores esclarecidos que han escrito posteriormente al descubrimiento de los vasos linfáticos.

A datar de este descubrimiento, las ideas sobre la naturaleza de las escrófulas tomaron, como hemos indicado, un poco más de precisión, y la causa de la enfermedad fué atribuida entonces casi exclusivamente á la alteración de la linfa, á su modificación, á su espesamiento ó á la debilidad de los vasos y ganglios linfáticos, según que los autores eran humoristas, químicos ó solidistas. Borden atribuyó las escrófulas á un estado de acidez particular de los fluidos; pretendía: «Que este ácido productor de los lamparones, era el efecto de una disposición natural á los sólidos y á los líquidos en los niños, disposición que escita la acidificación de los humores, y que por consecuencia, da lugar á un fermento cuyo desarrollo puede causar muchos estragos.» Charmenton daba por causa á la enfermedad un estado de acidez y de espesamiento de la linfa; Peyrilké un ácido que se coagula; Dahan, á una alteración de los humores consecutivo á la viruela; Bernard, á un vicio cualquiera de la linfa; Garnet, á una alteración del fluido nervioso, etc., etc. Antes que estos autores Ethmüller había pretendido, como después de él Peyrilké, que el vicio escrofuloso no era más que un ácido de un género especial que operaba la coagulación de los jugos linfáticos. Otros, como ya hemos dicho, han mirado la enfermedad como dependiente de una alteración primitiva de la linfa, alteración ocasionada por la presencia de un principio nocivo que designaban bajo el nombre de vicio ó virus escrofuloso. Un escritor contemporáneo, Mr. Lugol, profesa aún estas ideas; afirma «que la existencia de este vicio, cualquiera que sea, es congénita y siempre se manifiesta por el desarrollo de los tubérculos; esta producción es, en efecto, la *escrófula* misma, su signo anatómico, patológico, el que solo la caracteriza y que da valor á todos los demás síntomas... El *tubérculo* es del mismo origen y reconoce el mismo modo de formación que todos los órganos; es él mismo una especie de órgano que tiene su vida particular, como el hígado y el bazo tienen la suya propia; como ellos hace su evolución espontánea, es una producción patológica que modifica profundamente todos los elementos orgánicos, y por consiguiente, sus funciones, é imprime al órgano que afecta una complexión particular que no es otra que la complexión tuberculosa, complexión originaria de la cual se derivan después los tubérculos que pueden invadir los tejidos, y un número infinito de enfermedades impropriamente llamadas escrofulosas.»

No perderemos el tiempo de nuestros lectores en refutar una teoría verdaderamente indigna de nuestro siglo; diremos solamente que si las ideas de M. Lugol pudiesen ser verdaderas, los nueve décimos del género humano serían escrofulosos. Según este médico, todo enfermo atacado de una oftalmía, de un absceso frío, de úlceras cutáneas, acompañadas de tubérculos, es escrofuloso. Más aún: ¡un enfermo es también escrofuloso aunque no tenga tubérculos, sino porque alguna persona de su familia los haya tenido! Y como M. Lugol en sus aprensiones filantrópicas, quiere que se impida á los

escrofulosos el casarse, veríamos bien pronto el fin del mundo. M. Lugol, sobre este último punto piensa de distinta manera que Tomás Warthon y Faure, que aconseja, por el contrario, el casarse jóvenes á los escrofulosos; fundándose en la idea de que las escrófulas son debidas á la absorcion y al trasporte del licor seminal en la economía, licor que creen capaz de alterar la linfa. Estos autores habian adoptado su falsa teoría despues de haber observado que con frecuencia las escrófulas se curaban hácia la época de la pubertad; pero la crisis dichosa que se desarrolla entonces, algunas veces se observa tambien con frecuencia en las niñas como en los niños, y sin embargo, los órganos genitales de las niñas no segregan licor seminal. Su opinion es, pues, tan errónea, como absurda es la de M. Lugol. Lo que quizá es más peligroso á los escrofulosos son los escesos venéreos, sobre todo cuando los individuos son muy jóvenes.

Baumes, célebre médico de Montpellier, despues de haber tratado de establecer las cualidades químicas de la linfa para producir el desarrollo de las escrófulas, ha dicho: «Que esta enfermedad era debida á la presencia y á la aberracion de un ácido fosforoso ó fosfórico, obrando sobre los jugos albuminosos, que tiende á concretar y á desnaturalizar, al mismo tiempo que disminuyen y debilitan las relaciones que el calórico y la luz tienen con los hombres y las partes sólidas de los cuerpos vivos.»

Así, pues, segun Baumes, la constitucion linfática escrofulosa depende de la superabundancia del ácido fosfórico, que se apodera de la cal para trasportarla al torrente de la circulacion; de ahí el reblandecimiento de los huesos, etc. Esta teoría podria presentar probabilidades si se hubiese llegado á demostrar la presencia del ácido fosfórico en nuestros fluidos; pero no hay nada de esto, y la química no ha podido aún descubrir este ácido ni en la sangre, ni en la linfa.

Hufeland dice: «Que la enfermedad escrofulosa consiste en un alto grado de debilidad y atonía del sistema linfático, unido á una irritacion especifica de este mismo sistema, y á una alteracion particular de la linfa... La afeccion del sistema linfático, que constituye el vicio escrofuloso, altera la calidad de la linfa, y á esta alteracion es á la que se llama acrimonia de la linfa, virus escrofuloso.» Considera como imposible de demostrar por la química la naturaleza de la acrimonia escrofulosa; «es probable que la acrimonia escrofulosa esté determinada por un ácido.»

La teoría del célebre Hufeland no vale más que la de sus antecesores. ¿Cómo concebir, en efecto, que el sistema linfático esté á la vez en un gran estado de debilidad y en un gran estado de irritacion?

Pasemos á las teorías de los médicos solidistas.

Sæmmering creía que la enfermedad escrofulosa dependia del reblandecimiento y de la dilatacion pasiva de los vasos absorbentes, estado que, segun él, debia determinar la estancacion y la alteracion de los fluidos linfáticos. Cabanis profesaba casi la misma opinion. Segun este maestro, las bocas absorbentes de los linfáticos tienen una gran actividad, entre tanto que los vasos y los ganglios caen en una gran atonía. Richerand no ha dicho ni más ni menos; ha atribuido la enfermedad á una atonía de los vasos y de los ganglios linfáticos y á una exageracion del sistema. Esta manera de ver nos parece irracional, porque los individuos linfáticos no todos son escrofulosos, y el predominio del sistema linfático no es siempre una causa de su debilidad. Por el contrario, los individuos de una constitucion muy linfática están más dispuestos á las irritaciones de su sistema predominante que aquellos cuyo temperamento

difiere; esta es evidentemente la causa de la gran irritabilidad de que se trata.

(Se continuará.)

COMUNICADO.

LA AURIFODINA MÉDICA.

Acaso sea uno de los últimos en manifestar mi adhesion al pensamiento de *Aurifodina Médica*, cuando en realidad debiera ser de los primeros atendido el número de adhesiones con que cuenta dicho proyecto; pero no es culpa mia: entusiasta por los intereses profesionales que tanto afectan á la clase de partido á que pertenezco, estos mismos intereses se conjuran á despecho de los mejores deseos para no ser en el derrotero seguido por la clase médica otra cosa que una apatía inconcebible, cuyo resultado no me atreveré á presagiar. Atravesamos una crisis algo más que laboriosa; y la clase médica tiene que sucumbir á impulsos de sus afectos crónicos, ó el que en esta época la ha invadido la ha de servir de emuntorio natural.

Disculpable era hasta cierto punto que dadas las circunstancias políticas porque atravesaba la nacion, la clase médica, acaso la más esclava de sus deberes, viviese aislada y devorando en su retiro las amargas decepciones á que la habian sujeto gobiernos que olvidaban ser la salud del pueblo, frase práctica y sintética de una buena administracion; porque era preciso, aun á costa de incesantes sacrificios, que supliese esta falta nuestra humanidad esclavitud. Nos hemos quejado y quejado con razon: las malas leyes que nos regian se veian aún pospuestas al capricho caciquil é individual; el derecho de asociacion, nulo ó rudimentario, aún servia de escarnio su mera invocacion; la clase sufre; la clase gime; más ya no puede extrañarse su apatía, que el día de su redencion ha de llegar.

Pero ya me atrevo á dudarlo. Cuando á impulsos de la marcha natural de los sucesos (resérvense las pasiones como causas determinantes), vimos caer un trono viejo y carcomido, aunque con savia bastante para ahogar las continuas ilusiones que nos amamantan desde el glorioso Setiembre; cuando á tierra vinieron las vetustas y añejas instituciones con que al fin nuestra máquina se sostenia; cuando las clases todas tenian el derecho inalienable de recobrar á toda costa sus hollados fueros; hé aquí que la nuestra, una de las que más justicia necesitaban, está muy lejos de verse satisfecha, ni aun trocando la frase de derecho con la de galantería con que á precio de sus servicios los gobiernos debieran obsequiarla. Abajo vinieron nuestros regulares reglamentos; nuestras leyes orgánicas, como si no existieran; las vejaciones, los atropellos y arbitrariedades, se confunden los de abajo con los de arriba para volver lo de arriba abajo; y en medio de este desbarajuste y desconcierto se levanta erguida la libertad de enseñanza, con más ínfulas que debiera, á mostrarnos en lo científico la misma anarquía que en lo profesional.

Y cuenta que el que esto escribe está muy lejos de profesar en política las ideas que parecen desprenderse de sus últimas palabras. Pero ello es indudable que la clase necesita emanciparse; y es lástima que poseyendo sobrados recursos propios, espere más proteccion de gobierno alguno para ver y tocar los resultados que hasta aquí.

Si es necesaria la iniciativa aún existen entre nosotros campeones denodados. Novel el uno, pero con la desinteresada fé de la juventud, el Dr. Cambas nos muestra y se atreve á iniciar la celebracion de un Congreso médico-farmacéutico, que abordando las principales cuestiones que nos afectan, sea como el grito lanzado por la clase médica, señal de su nueva vida y aspiraciones; el otro, nuestro incansable y laborioso amigo Cuesta y Ckerner, ese práctico aleccionado por la experiencia, y que solo trata de evitarnos algunos de sus desengaños, no puede descansar; enfermo y aislado de sus compañeros en la prensa, ni siquiera desmayar; y luchando con miles tropiezos y agotando los recursos de su

robusta imaginación, no menos que los materiales de subsistencia, aún nos propone el medio de elevar nuestra condición científica y profesional en el proyecto de *Aurifodina Médica Española*.

Ahora bien; si las circunstancias políticas ó algunas otras han impedido hasta aquí la realización del Congreso, no median iguales circunstancias con relación á la *Aurifodina*; fuera de que no se escluyen, antes, por el contrario, pueden ambos proyectos auxiliarse entre sí.

Basta, pues, de apatía; basta de sufrimientos; si hemos estado unguídos al yugo de la esclavitud, recobremos nuestra independencia colectiva; y la virtud, laboriosidad y saber de la clase, consigne en el dorado libro de nuestro amigo Cuesta el más bello monumento de la *Aurifodina Médica Española*.

Séame permitido, por último, apelar, sino al apoyo, al interés al menos de la prensa médica hácia el proyecto en cuestion.

Lebrija (Sevilla) 21 de Enero de 1870.

LEONARDO DE NAVAS Y YOMAN.

NOTICIAS.

AURIFODINA MÉDICA ESPAÑOLA.

Continúa la lista de los profesores que se adhieren al proyecto de esta Asociación:

D. Leonardo de las Navas.	D. José Barceló.
José Ventura Peiro.	Manuel María del Castillo.
José Pescador.	Ildefonso Pesquero.
Juan García Clemente.	Rafael Melendez.
Francisco Casado.	Isidro Javega y Ayuso.
José Alvarez Ballester.	

La *Academia de Medicina de Madrid* ha publicado el programa de premios para el año de 1871, sobre los puntos siguientes:

1.º Qué precauciones higiénicas deberán observarse en la canalización y riego, para evitar todo daño en la salud pública.

2.º Del glaucoma, sus síntomas, variedades y diagnóstico diferencial, y del valor de la iridectomía como medio terapéutico considerado en general y con relación á cada una de sus variedades.

Para cada uno de estos puntos habrá un premio y un *accésit*. El premio consistirá en 3,000 rs., una medalla de oro, y el diploma especial y título de sócio corresponsal. El *accésit* será medalla de plata, diploma y título iguales al anterior.

El premio Busto se adjudicará al mejor trabajo sobre el asunto siguiente:

Memoria biográfica, bibliográfica ó crítica de D. Andrés Laguna.

Para este punto habrá un premio de 1,000 rs. y un *accésit* igual á los anteriores.

Las Memorias deberán estar escritas en español ó en latin, y se remitirán á la Secretaría de la Academia, calle de Cedaceros, número 13, antes del 1.º de Setiembre, no debiendo sus autores firmarlas ni rubricarlas, y si solo distinguirlas con un lema igual al del sobre de un pliego cerrado, que remitirán adjunto y el cual contendrá su firma.

Parece que en el asilo de mendicidad del Pardo se ha desarrollado el tífus de una manera imponente, habiendo fallecido el médico entre las primeras víctimas.

Los premios ofrecidos por la Academia de Medicina de Madrid en el año pasado, no se han conferido por no haberse presentado trabajos aspirando á ellos, ni buenos, ni malos. Triste idea dan estos resultados de la actividad y entusiasmo científico de nuestros profesores, ó muy humilde idea tienen formada de sí mismos, los que pudiendo, no hacen la debida ostentación de su saber. Y á propósito de esto, creemos que los puntos señalados

por la Academia no son los más acertados para que puedan responder á su objeto.

Ha concluido, por ahora al menos, el conflicto con los estudiantes, de que dimos cuenta en nuestro número anterior. Reunidos el martes último en la Facultad de Medicina acordaron elevar una exposición al Ministro, pidiendo la derogación del Reglamento causa del descontento escolar. Mientras el Ministro resuelve, el Reglamento estará en suspenso y los estudiantes seguirán su curso, aunque se asegura que cualquiera que sea el resultado, el Rector ha desistido ya de ponerlo en ejecución. Bonito papel vá á hacer el Ministro si cada cual hace lo que dice. El Ministro prometió sostenerlo, los estudiantes no obedecerlo, y si ahora el Rector resuelve no plantearlo, digan ustedes que no hay en todo esto la mejor armonía del mundo.

El Director de *El Restaurador Farmacéutico* D. Quintín Chiarlone, ha hecho dimisión de la Presidencia de la Diputación provincial, habiéndole sido admitida. Por este lado ya perdimos lo que habíamos ganado. Lo sentimos sinceramente.

VACANTES.

Se hallan: La plaza de médico cirujano de La Oliva (Mérida). Dotación 300 escudos por la asistencia de 200 familias pobres. Las solicitudes hasta el 13 de Febrero.

—La de médico-cirujano de Fuente el Fresno (Badajoz). Dotación 300 escudos por la asistencia de 150 familias pobres. Las solicitudes hasta el 27 de Febrero.

—La de médico-cirujano de Guaro (Málaga). Dotación 400 escudos y las iguales. Las solicitudes hasta el 27 de Febrero.

—Dos plazas de médico-cirujano de Cuevas de San Marcos (Málaga), con la obligación de asistir 300 familias pobres cada una. Dotación 400 escudos. Las solicitudes hasta el 27 de Febrero.

—La de médico-cirujano de Fernán-Caballero (Ciudad-Real). Dotación 400 escudos por la asistencia de 20 familias pobres. Las solicitudes hasta el 17 de Febrero.

CORRESPONDENCIA.

Jarilla.—A. P., conforme con la suya y pagado hasta fin del año anterior.

Aedo las Puebas.—C. A., conforme con su cuenta y pagado hasta fin de Octubre anterior.

Cheles.—R. M., corriente de pago hasta fin de Mayo.

Gador.—G. B., corriente de pago hasta fin del año último.

Castellon de Ampurias.—J. P., pagó el trimestre anterior.

Arnedo.—S. D. y L., pagó el semestre anterior.

Membrilla.—M. R. B., conforme con su carta del 24.

Aldeire.—M. P., recibida la suya del 19, y conforme.

Mirafuentes.—G. R. de la T., conforme con su carta del 20.

Campillo de Alto-Buey.—P. A. R., pagado el trimestre corriente.

Mollerusa.—F. J., con su giro del 26 deja pagada la suscripción hasta fin de Junio próximo, y el tomo I de la Historia de la Revolución.

Ilzarbe.—V. V., queda suscrito á la Historia de la Revolución y pagado el tomo I.

Cazalejas.—I. J. y A., conforme con la suya del 26.

MADRID:—1870.